

Las Escrituras de Verdad - E. W. ROGERS

Es de temer, en estos días siempre ocupados, que el estudio de las Escrituras esté siendo descuidado por los creyentes jóvenes. No obstante, se nos manda a “escudriñar las Escrituras”, Jn. 5:39, a ocuparnos “en la lectura [pública] [de las Escrituras]”, 1 Ti. 4:13, a “que con más diligencia atendamos a” ellas, He. 2:1. Tenemos “a Moisés y a los profetas”, y debemos oírlos, Lc. 16:29.

Sin embargo, se debe preguntar, ¿Es confiable la Biblia?, a lo cual se debe dar una indudable respuesta afirmativa. “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos”, Sal. 119:89. “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”, Lc. 21:33. “La Escritura no puede ser quebrantada”, Jn. 10:35. Un recipiente que ha sido partido en varios pedazos ya no es útil para su propósito original. Pero esto no le puede suceder a las Escrituras de verdad: son un todo homogéneo, y están indestructiblemente unidas.

Un abogado, al estudiar y actuar basado en un documento legal, no debe interesarse en lo que él supone que fue la intención del escritor original, sino con lo que realmente ha escrito. Son las palabras las que le interesan. Él debe atenerse a lo que está escrito y actuar en consecuencia. Por tanto, en el caso de la Biblia también debe ser así. Es de suma importancia que debamos guardar lo que dice, no lo que nosotros pensamos que debía decir o lo que imaginamos que debe haber sido la intención del escritor. Lo que está escrito es un fundamento de roca: todas las especulaciones con respecto a ello son peligrosas arenas movedizas.

Pero al leer las Escrituras es necesario que la mente sea ajustada de manera apropiada. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios”. No que tengamos que ser inspirados para poder entenderlas, como algunos han afirmado. La inspiración de los escritores fue únicamente de ellos, pero para poder discernir la verdad de Dios (diferente a la convicción que llega a la mente por la Escritura), necesitamos ser habitados por el Espíritu. Ellas son locura para el hombre no regenerado, pero para aquellos que son enseñados por el Espíritu, ellas llegan a ser la inigualable exposición de la mente y el propósito de Dios a través de las edades.

La implicación de esto se hace obvia: recibir la Biblia como la autorizada e inerrante Palabra de Dios, es llegar a poseer todas aquellas promesas tan ricamente esparcidas por todas partes a través del texto. No aquellas promesas que están relacionadas con otras partes y otros tiempos; tenemos que ser cuidadosos para discriminar y no robar. Pero hay un vasto número de promesas que se han hecho a los creyentes de nuestros días, las cuales, si las Escrituras son aceptadas sin reservas como las propias declaraciones de Dios, pueden ser disfrutadas por la fe y la realización. Observaciones similares pueden hacerse *mutatis mutandis*, con respecto a sus advertencias. En pocas palabras, la Escritura quiere decir lo que dice, y dice lo que quiere decir; sus promesas están abiertas para el disfrute del creyente, y sus advertencias se encuentran allí como un aviso a todos.

La inspiración de la Escritura es claramente afirmada en ella, pero su proceso siempre será un misterio. Dado que la Biblia es algo vivo, como todas las demás cosas vivas, el misterio del origen de su ser va a seguir sin ser resuelto. La inspiración de la Escritura es muy diferente de la de un gran poeta o escritor. Ni es un mero dictado mecánico. Eso destruiría el “factor humano”, el cual percibimos a través de ella. Como la Palabra viva, el Señor Jesús (quien es realmente el corazón mismo de la Escritura), la Biblia es, al mismo tiempo, divina y humana. Divina, porque vino de Dios. Humana porque fue dada a través de hombres falibles, quienes, por el momento, se convirtieron en los escritores del Espíritu Santo para escribir palabras infalibles. Las circunstancias de las épocas en las que vivieron los diferentes escritores y sus relaciones particulares con individuos o comunidades, dieron forma a la oportunidad especial para sus escritos, sean ensayos, tratados o cartas. En todos ellos se pueden ver evidencias de los sentimientos de los escritores humanos: su indignación, sus sufrimientos, sus temores, sus lágrimas, su asombro, etcétera. Es absolutamente imposible separar lo divino de lo humano. Eso implicaría la destrucción del libro.

Las Escrituras Afirman su propia Inspiración. Una y otra vez leemos la frase “dice Jehová” o frases similares. Daniel asevera una y otra vez (ver Daniel capítulo 2), que Dios revela Su mente a los hombres. El racionalista no puede aceptar la doctrina de la revelación. No concederá que el Dios que ha creado al hombre, por momentos se revela a Sí Mismo al hombre. Pero este es un asunto cardinal en la doctrina de la inspiración. Presupone revelación. Cualquiera podría preguntar, ¿cómo Moisés (o sus informantes) aprendieron sobre la creación original, dado que nadie de la raza humana existía al principio de las cosas? Otras muchas cosas también se declaran en la Escritura, las cuales son todas imposibles de determinar por la investigación humana. Tomaría demasiado tiempo enumerar todas estas cosas: casi cada página de la Biblia, en algún punto u otro, trata sobre esas cosas, las cuales el hombre no podría nunca descubrir por medio de toda su investigación.

Dios es la Fuente de la Escritura; los escritores fueron los canales. Esto es declarado por Mateo de manera significativa, cuando usó constantemente la frase “dicho por el Señor por medio del profeta”. Dios es el que habla; los profetas fueron el medio. Esto es así tanto con el antiguo como con el nuevo pacto. En el discurso del aposento alto el Señor Jesús les dijo a Sus discípulos que el Espíritu Santo, a quien Él enviaría del Padre, haría tres cosas: (a) Les recordaría todas las cosas, capacitándolos así para registrar las obras, discursos y sufrimientos del Señor Jesús sin errores o distorsión; (b) Tomaría de las cosas del Señor Jesús y se las mostraría, capacitándolos así para declarar a los primeros cristianos esas enormes verdades espirituales que se encuentran en las Epístolas; (c) Les mostraría las cosas porvenir; capacitándolos así para declarar el futuro como se hace en el libro de Apocalipsis.

Pablo trata sobre esto en 1 Corintos capítulo 2. Sus observaciones pueden resumirse bajo las tres palabras “revelación”, “comunicación” y “explicación”. Lo que Pablo escribió no fue algo que él hubiera visto con sus ojos naturales; ni fue un rumor; ni tampoco fue el producto de su imaginación descontrolada, sino que Dios se lo había revelado por Su Espíritu.

Pablo además afirma que las mismas palabras que él usó eran un medio espiritual de comunicar estas verdades espirituales. Tal parecería ser el sentido de 1 Corintios capítulo 2 versículo 13. Las Escrituras no son los escritos sofisticados de hombres brillantes: ellas son las enseñanzas del Espíritu, y estas enseñanzas, “cosas espirituales”, son comunicadas por “medios espirituales”.

Así Pablo en otra parte la llama la “palabra del Señor”, 1 Ts. 4:15. Los tesalonicenses recibieron su mensaje “no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios” como, de hecho, realmente era, 2:13. Pablo está tan seguro de sus razones que ponía a sus Epístolas al mismo nivel de autoridad que las Escrituras del Antiguo Testamento que se leían en la sinagoga. Él manda que esta y otras Epístolas suyas debían ser leídas “en las iglesias”, 5:27; Col. 4:16.

Se debe notar el plural en Juan capítulo 17 versículo 8 y 1 Corintios capítulo 2 versículo 13. En estos pasajes dice “palabras”, no “palabra”. Nada puede ser más claro en su afirmación sobre la inspiración verbal. No es suficiente sugerir que las ideas fueron inspiradas y que a los escritores se les dejó revestir estas ideas con las palabras que ellos consideraron que eran las más apropiadas. Todos saben que esto es un proceso peligroso. Ningún hombre de negocios dejaría que su secretaria expresara en sus propias palabras las ideas que él tiene en su mente, a menos que tengan un carácter de lo más simple e inconsecuente. ¿Y se supone que Dios confiaría en un hombre falible para que exprese Sus ideas, que son de la mayor importancia y eternas en sus temas?

“Toda la Escritura es inspirada por Dios”. Lo que aplica para una parte aplica para el todo. Es suficiente decir que la palabra “Escritura”, sea en singular o en plural, siempre se usa en la Biblia acerca de los escritos sagrados y de nada más. Por tanto, en la Versión Revisada en inglés (The Revised Version), “every scripture” (“cada Escritura”), parecería implicar otra cosa. Nosotros tenemos en nuestra Biblia un compendio completo de todos los escritos de Dios, y en cada parte es la voz de Dios que habla al hombre. Por tanto, como consecuencia es necesariamente útil. El lector debe consultar 2 Timoteo capítulo 3 versículos 16 y 17 con relación a esto.

Características de las Escrituras. La Biblia en muchos aspectos no es igual a ningún otro libro. Se supone que los hombres que escriben libros entiendan lo que escriben, pero el “Espíritu de Cristo” que estaba en los profetas de antaño los hizo escribir cosas en las cuales ellos después debían indagar e inquirir, para determinar su significado y con qué tiempos y partes estaban relacionadas. Cuán raro puede parecer que este fuera el caso. Pero ellos eran herramientas en manos del Espíritu, y escribieron acerca de más allá de su tiempo y su comprensión.

Consecuentemente, ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse aislada del volumen del resto de la Escritura, como Pedro declaró más adelante, 2 P. 1:20, 21. En el principio no debió su origen a un profeta que decidió escribir un libro. No surgió de su propia revelación o de la propia revelación de cualquiera. Más bien hombres de Dios fueron

impulsados por el Espíritu Santo, como los barcos en el mar son impulsados bajo la fuerza del viento, y lo que ellos hablaron o escribieron fue la misma Palabra de Dios.

Hoy en día esperamos correctamente que un hombre explique sus propios textos. Pero en cuanto a las Escrituras del Antiguo Testamento, ningún escritor puede reclamar un monopolio exclusivo de la interpretación de estas, porque (y por ninguna otra razón que esta) él no fue el autor. Es el autor el que explica y a quien debemos acudir por una explicación. Dado que el Espíritu Santo es el autor de toda la Escritura, por consiguiente, es sólo por Su poder que podemos interpretarla. Juan lo dice así, “vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas”, 1 Jn. 2:20.

Las Escrituras son confiables en sus promesas; verdaderas en cuanto a su declaración de los hechos; con autoridad en cuanto a su origen; e ineludibles en cuanto a sus anuncios. Ellas permanecen abiertas para el entendimiento del creyente; y están tan completas que tres veces se nos prohíbe tanto añadirles como quitarles.⁶

La Biblia es un todo homogéneo. No es posible asegurar en ningún momento un acuerdo absoluto entre los científicos acerca de un tema en particular, y eso se hace más notorio si escuchamos a profesionales que vivieron en diferentes épocas y en diferentes países. Pero la Biblia toca todo tipo de temas, y fue escrita por hombres que vivieron en diferentes épocas, tenían ocupaciones distintas, residían en diferentes países, y aun así todos y cada uno están de acuerdo, unos con otros, sin la menor posibilidad de encuentro o colaboración.

El tema de la profecía cumplida es vasto, pero el hecho de que el Nuevo Testamento registra con tantos detalles el cumplimiento histórico de las profecías del Antiguo Testamento, muestra la unidad de la Escritura, y demuestra que una mente maestra estaba detrás de cada uno de los diferentes escritores. Pastores, campesinos, doctores, cobradores de impuestos, rabinos, pescadores y otros, todos tuvieron su parte en la producción, y aun así no tuvieron comunicación unos con otros. No obstante, cada parte de la producción estaba de acuerdo con la otra. La misma existencia de la Biblia es una prueba de su origen divino, porque ninguna persona o personas en conjunto podrían haber producido un libro así. Su sobrevivencia, a pesar de los intentos de destruirla, demuestra que es de Dios. Porque si esta obra es de Dios, no puede destruirse. Sus efectos en las vidas de los individuos y en el carácter de las personas, claramente la señalan como sobrenatural. Por medio de ella los inquisidores han sido hechos discípulos; los llenos de vicio han sido llenos de gracia; los salvajes han sido domados; y los corruptos han sido limpiados.

Ella conlleva tanto una investigación microscópica como un estudio panorámico. Sus mismos tiempos verbales son inspirados como atestigua Juan capítulo 8 versículo 58. Una gramática correcta exigiría las palabras “Antes que Abraham fuese, yo era”, pero la doctrina correcta exige la alteración de este tiempo verbal al presente YO SOY. El número de veces que aparece una palabra en particular es importante, como atestigua Gálatas capítulo 3 versículo 16: no “simientes” como si fuesen muchas, sino “simiente” como refiriéndose a

⁶ Dt. 12:32; Pr. 30:6; Ap. 22:18, 19.

una. Había otras palabras disponibles para el Espíritu de Dios tales como “hijos” o “generación”, pero Dios eligió “simiente”, porque puede implicar tanto un sentido singular como plural: es, de hecho, un sustantivo colectivo. De nuevo, la doctrina de la Trinidad tiene que ser encontrada, velada como está estamos de acuerdo, en el uso de un sustantivo en plural con un verbo en singular, Gn. 1:1, “creó (singular) Dios (plural)”.

La omisión de ciertos hechos no ocurre por accidente sino por designio, como atestigua la enseñanza que el escritor a los hebreos sacó a la luz al referirse a Melquisedec en Hebreos capítulo 7. Los “silencios de la Escritura son como las pausas en la música: contribuyen a su armonía”. No nos atrevemos a llenarlos sin correr el riesgo de echar a perder la obra de Dios.

Las citas del Antiguo Testamento se usan en el Nuevo Testamento para un nuevo propósito. No hay citas erróneas. Un autor tiene el derecho de citar de su primera obra en una obra posterior para un propósito diferente y como él desee. Todas estas diferencias son de lo más instructivas, aunque el espacio no nos permite examinar ninguna. Pero se puede hacer referencia a la Septuaginta griega (LXX) en Génesis capítulo 5 versículo 22 donde, en vez de “caminó con Dios” leemos “agradó a Dios”. Una es la causa y la otra el efecto. También en Hebreos 10 donde “me preparaste cuerpo” es sustituto de “has abierto mis oídos”, He. 10:5; Sal. 40:6-8. Aquí tenemos que la paráfrasis de la LXX es aprobada por el Espíritu y usada en un escrito posterior. De la misma manera, la omisión de la última parte del Salmo 24 versículo 1, porque aquella está relacionada con la época del Milenio, pero la primera parte (citada por Pablo, 1 Cor. 10:26), es tan cierta hoy como cuando Pablo lo escribió. También en Romanos capítulo 10 versículo 15 la frase pronominal “del que” de Isaías capítulo 52 versículo 7 es cambiada por Pablo a “de los que”, para concordar con las actuales directrices misioneras de las Escrituras. Y así podríamos seguir.

La Biblia es la Palabra de Dios. Pero no todo en la Escritura es, en primera instancia, una declaración hecha por Dios. A veces Satanás es el que habla; a veces, el hombre, en su perversidad, como Balaam; a veces es un asno la que habla. Pero el registro de todo esto es la Palabra de Dios para nosotros. No es correcto decir que la Biblia contiene la Palabra de Dios. En todas sus partes es la Palabra de Dios. Pero también contiene las declaraciones de hombres, las cuales en muchos casos no representan lo que es cierto. El registro es cierto: pero las declaraciones pueden estar alejadas de la verdad, y en este sentido Dios muestra la ceguera y la maldad de los hombres y de otros, mientras Él demuestra Su propia fidelidad.

Se ha dado gran relevancia a supuestos errores en las Escrituras, pero si tuviésemos toda la información, deberíamos darnos cuenta que no existen tales errores. Porque un Evangelio dice que había un ciego y otro Evangelio dice que había dos, no implica que hay un error. Ciertamente, si había dos, ¡entonces había uno! Los errores de los copistas son pocos y no de tal carácter o número como para afectar ninguna doctrina de nuestra fe. Al parecer existen inconsistencias numéricas, pero ¿sabemos todo lo que hay que saber de la numerología antigua?

Los críticos han hecho su mayor esfuerzo por destruir la validez de las Escrituras, pero sus martillos críticos se han roto en el yunque de la Palabra de Dios. La roca impenetrable de la

Sagrada Escritura todavía permanece, a pesar de toda la ira de las furiosas tempestades de la crítica hostil. Los más simples pueden leer la Biblia y obtener alimento para el alma, consuelo para el corazón y descanso para el moribundo. Igualmente, aquellos que se han elevado alto en los dominios de las ciencias pueden descubrir que las Escrituras son su consuelo en el sufrimiento, y paz en los días tormentosos, con tal que deseen “hacerse ignorantes, para llegar a ser sabios”.

¿De qué otro libro, como de la Biblia, se puede afirmar que ha acaparado tantas mentes en él a lo largo de tantos siglos y con tan minuciosa investigación? Es seguramente el mejor de todos los libros.

Las labores consagradas de sus traductores formarían un volumen separado. Muchos han entregado sus vidas al hacerlo, mientras han tenido que escapar de un lugar a otro por su seguridad antes de hacer el sacrificio supremo. En sus trabajos consideraron esencial la exactitud de cada detalle. En nuestros tiempos debemos tener cuidado no sea que lleguemos a conformarnos con paráfrasis inadecuadas, con la consecuente pérdida de exactitud, para acomodar nuestro pensamiento al desarrollo moderno. Providencialmente, Dios hizo que Sus palabras fuesen escritas en lo que por mucho tiempo han sido lenguas muertas, de tal manera que el significado de ellas no ha sido sujeto a las fluctuaciones de las lenguas vivas. Podemos determinar con precisión lo que Él quería decir por Sus palabras escogidas cuidadosamente. Ese significado permanece inalterable.

Como las obras de la creación, la Santa Escritura es infinita. El Salmo 19 habla sobre ambas. Pero cosas que no pueden decirse acerca de la creación tangible que nos rodea, han sido atribuidas a la Palabra escrita de Dios. La Biblia es mucho más preciosa que el oro más refinado; valorémosla. Es mucho más dulce que la miel más escogida; entonces disfrutémosla.